

Evidencias olvidadas la Persona SU Hacer

VII EL PRINCIPIO DE INQUIETUD

La actitud personal capaz de despertar cualquier realidad positiva es la que identificamos como inquietud.

La insatisfacción que el hombre siente respecto a sí mismo y a su entorno está presente en todos los esfuerzos por avanzar hacia su mejora, y es asimismo requisito imprescindible para poder captar y aprovechar -aún sin esfuerzo- las oportunidades de avance y cambio hacia la plenitud.

Se trata, por tanto, de una actitud de búsqueda que debe estar presente de forma coherente en todos los planos en que se realiza la persona. Por su misma dinámica, nunca se agota; puede suceder que la búsqueda desemboque en un encuentro, pero con seguridad este encuentro ha sido fallido si a su vez no actualiza y renueva la búsqueda de nuevas y mayores cosas.

Resultan, pues, alejadas de nuestro criterio, tanto las actitudes que excluyen, adormecen o sustituyen la inquietud en el hombre, como las que limitan el vivir humano a la insatisfacción como referencia.

En primer lugar, son las actitudes de satisfacción personal las que se perfilan como alejadas del núcleo de lo verdaderamente humano. Quien está satisfecho de lo que es, de lo que hace o de lo que tiene, por teóricamente bueno que ello sea está muy lejos de poder paladear lo genuinamente humano. Es la diferencia entre «estar lleno» y avanzar en plenitud. Tan frecuentemente como las actitudes de

satisfacción, y tan alejadas como ellas del principio de inquietud, están las actitudes de «seguimiento». El hombre, en este caso, sustituye su necesidad íntima y personal de búsqueda de lo mejor por la sumisión a alguien que considera maestro o que siente como un líder, identificando su propia mejora con su aproximación o su imitación a ese otro, que seguramente idealiza en buena parte. Quien está inquieto y en búsqueda es capaz de admirar a suficientes personas al mismo tiempo, pero es incapaz de identificar su mejora, su plenitud, con el avanzar por un camino ya abierto, que por bueno que sea nunca es precisamente el suyo.

Una variante de las dos posturas antes mencionadas -satisfacción y seguimiento- es la del dogmatismo, asimismo alejada del principio de inquietud. Cuando las verdades no son vivas, carecen de la dinámica que les da su proyección y su choque con la realidad y se fosilizan. Generan en el hombre, estas verdades una vez fosilizadas, una referencia de seguridad que parece calmar las inquietudes básicas y con ellas la tensión y el desasosiego. Pero esta actitud deriva siempre o bien hacia un choque frontal entre ideas y realidad capaz de poner en crisis toda la ideología, o bien produce en el hombre una sistemática deformación de la realidad, para que pueda seguir pensando en la validez de sus ideas, a contrapelo de constantes evidencias.

En el otro margen del principio de inquietud, identificamos también diversas actitudes personales que, por contraste, nos ayudan a perfilarlo.

Cuando la persona que no ha archivado sus inquietudes no está sin embargo a la altura de las exigencias y responsabilidades que dichas inquietudes le impulsaban a adoptar, suele refugiarse en un «críticismo» permanente. Tiende a enjuiciar a los demás y a lo demás, sobrevalorando sus carencias y limitaciones, destacando sus contradicciones; y así llega a descalificar precisamente a las personas y realidades que podrían saciar, renovándola, su enquistada insatisfacción universal. Curiosamente, esta actitud es a menudo compatible con la autosatisfacción.

Cuando la inquietud invade también los pliegues de la propia persona, pero no genera una dinámica de plenitud sino simplemente la conciencia de lo que está mal, la persona entra en una actitud de auténtica depresión, sin que ello tenga generalmente nada que ver con la psiquiatría. Diríamos que mientras la actitud depresiva destaca lo que está mal, el principio de inquietud resalta lo que aún está mal, y descubre las posibilidades de su transformación.

Hemos identificado ya en otras ocasiones las notas que caracterizan esta inquietud que entendemos es el crecimiento de todo avance, refiriéndonos a una inquietud sana, recta, sincera e ilusionada.

La inquietud ha de ser sana; es decir, no enfermiza, ni alumbrada únicamente en las frustraciones que inevitablemente se han experimentado. Tendrá tan en cuenta los fracasos como los no menos reales momentos de alegría y de íntima sensación de plenitud. Es además sana la inquietud cuando no es interesada, cuando su fuerza motriz no es básicamente un «para qué», sino un «por qué».

La inquietud es recta, cuando es fruto de una mínima coherencia interna. Es decir, cuando no es cambiante en su contenido, aunque lógicamente su proyección sí cambie, al plasmarse ante personas, realidades y cosas cada vez distintas.

La sinceridad en la inquietud es otra de sus esenciales piedras de toque, ya que con excesiva frecuencia tendemos a proclamar las inquietudes que nos gustaría tener y no las que realmente sentimos, hasta el punto de acabar creyendo que las tenemos. Solamente la adecuación entre inquietud y actividad real, y la correspondencia entre inquietud y sentimiento, nos da la medida aproximada de la sinceridad de nuestra insatisfacción. Cuando por razón del puesto que socialmente ocupa, se atribuyen a una persona determinadas inquietudes que debería tener, esa persona tiende a plantear la ecuación exactamente al revés: cualesquiera que sean sus sentimientos y su actividad, tiende a pensar que unos y otros son simple proyección de aquella inquietud, que quizá alguna vez tuvo. Así, el político profesional tenderá a creer que lo que hace, dice y piensa es fruto de su inquietud por el bien común de sus conciudadanos; como el «católico oficial» -clérigo o seglar- tiende a pensar que sus acciones responden a una actitud de amor al prójimo. Otra cosa es si en realidad mantienen en acto estas disposiciones de ánimo.

Además de sana, recta y sincera, la inquietud a que nos referimos debe ser una inquietud ilusionada. De ahí que sólo las inquietudes referidas a lo que es posible, o a lo que uno cree que es posible conseguir, puedan resultar creativas. La ilusión no es un espejismo, precisamente cuando está respaldada por una inquietud que mueve, por una parte, a actuar, y por otra, a estar en disposición de apertura, para descubrir las oportunidades o las inquietudes afines de otras personas que pueden ayudar a su realización.

Es por desgracia muy frecuente, concretamente en el campo de lo cristiano, que haya quienes se dedican a cultivar en los demás las inquietudes que precisamente quedan fuera de su área real de posibilidades. Subrayar los problemas de macroeconomía y macro-sociología al cristiano de a pie, -que debe conocerlos, pero que no los puede solucionar- es tan estéril ahora, como antes lo era hacerle creer que era Dios quien quería las desigualdades y enviaba como castigo las plagas y las épocas de hambre. El nuevo cristiano a quien se le cultiva en exceso su sana inquietud por los temas de estructuras que le son lejanas, tiende a minusvalorar los problemas de su normal cotidianidad, cuando precisamente es en la vía de amistad real con sus próximos, donde puede alimentar su inquietud y su realidad al mismo tiempo, hasta llegar por su propia dinámica de insatisfacción ilusionada, a poder incidir en campos que antes sentía como muy lejanos, porque precisamente lo eran. Ni cabe la inquietud estática del profesional del bien, ni debe caer el «salto de caballo» ajedrecístico de dedicarse a saciar necesidades que son reales, pero no cálidas ni inmediatas.

Inquietar para lo imposible es, además de sembrar decepciones, incapacitar para lo realizable.

CAMPOS DE ACTIVIDAD

Las distintas concepciones del hombre, ven en su vida cuatro campos esenciales de actividad: el amor, el trabajo, la religión y la diversión, que se influyen entre sí, pero que alcanzan un lugar y un peso específico, cada uno de ellos. Esta visión antropológica la comparten y la asumen la práctica totalidad de las «religiones», que dan primacía al campo de la actividad específicamente religiosa, para desde él influir en los otros tres, a través de su proyección moral.

Por la tendencia a institucionalizar su actividad, cada hombre tiende a ser, por ello, miembro de una confesión religiosa, de una empresa, de una familia y de algún club.

El Evangelio viene a romper este esquema de siempre. La religión no deberá ser un campo más de actividad del cristiano, sino el punto de mira -la lente de su visor-, el eje vivo de los tres campos de la actividad humana, que les da sentido, verdad y bondad en cualquier tiempo y lugar.

Esta es la diferencia básica que percibimos entre religiosidad y fe. Las «religiones» como expresión, muchas veces admirable, de lo que los hombres han hecho para aproximarse a Dios, se enfrentan así de algún modo a la fe, que es percepción viva y cálida de lo que Dios ha hecho para acercarse a nosotros, los hombres.

Como el contenido de la fe es el gozo de saber que Dios nos ama, es la fe lo que mejor nos impulsa y estimula a la más plena realización de nosotros mismos, en un proceso de identificación en lo que somos y en lo que podemos ser, por la dinámica que suscita este amor que Dios nos tiene.

Es desde el núcleo vivo de las realidades fundamentales de la fe, que el cristiano consciente de su misión ha de:

- enfocar
 - centrar
 - planificar
 - motivar
 - dinamizar
 - plenificar
- | su vida

siguiendo este mismo proceso en las tres vertientes normales de su vivir:

- el amor
- el trabajo
- la diversión

para que en cada uno de los tres campos de su actividad normal, lo cristiano vaya siendo la plenificación constante de lo mejor posible. Cuando el estímulo no es la realización de sí mismo, en cada apartado de su realidad, se produce indefectiblemente un error de rumbo, que imposibilita dar en la diana de la plena realización de su persona, y el pleno despliegue de sus potencialidades y cualidades, y a la vez la constante disminución progresiva de su egoísmo, su orgullo y su ambición, únicamente posible al ir posibilitando aquellas potencialidades.

El cristiano que procura honradamente que Cristo esté en el eje de su persona, motiva, dinamiza y orbita, su ser y su hacer hacia su plenitud.

Su ser de fermento y su hacer de fermentador en el amor, en el trabajo y en la diversión, valora el valor absoluto de cada persona que se encuentra y patentiza el valor con que lo valora, con su interés, con su respeto, con su acogida, con su gesto y con su atención. Valorar el valor de las personas que valen -y valen todas- y sobre todo aprender a valorar las que tenemos más cerca, aquí y ahora y desde ya, es el cometido más evangélico y más eficaz que podemos aportar al mundo. La fermentación cristiana del amor, del trabajo y de la diversión, no se logra con «acciones cristianas» más o menos bien intencionadas, sino tratando de reaccionar cristianamente, ante todas las circunstancias -sean favorables o adversas-, y procurando valorar cada suceso con un criterio y talante evangélico, despertando, acrecentando y respetando la iniciativa y la creatividad de todos, en el diálogo sincero y acogedor, viendo en cada persona la imagen de Dios, y colaborando a facilitarle, simplificarle y posibilitarle a cada uno, la constante y -a veces dura-, labor de ir consiguiendo la semejanza.

Para que la semejanza del cristiano se vaya adecuando cada vez más a Aquel de quien es imagen, será necesario que aporte su convicción, su decisión y muy especialmente su constancia, porque siempre acecha la sutil pista de despiste, que sin darse apenas cuenta, le hará volver a enfocar el trabajo por el trabajo, el amor por el amor, o la diversión por la diversión y así sucesivamente hasta que, imperceptiblemente, la religión por la religión vuelve a ser un campo específico de actividad aparte y sin influencia en la vida.

TRIPLE ACTITUD ANTE LO REALIZABLE

Dependiente - Independiente - Pendiente

Ser persona y serlo de manera consciente, exige, requiere y reclama una adecuada y precisa disposición. Reclama estar pendiente. La persona, que es siempre capacidad de convicción y capacidad de decisión, expresa su vitalidad estando pendiente siempre de algo o de alguien. Estar pendiente es estar atento, ojo avizor, despierto y con las manos al volante de su vivir, para ir dándose cuenta de lo que sucede, intentando saber por qué sucede, e intentando también prevenir, saber y calcular las consecuencias que puedan derivarse de determinada acción concreta. Estar pendiente capacita a la persona para afrontar la vida, poniendo en juego todas sus posibilidades, virtualidades y cualidades.

No obstante todo esto, el hombre parece inclinado a no querer estar pendiente y, fastidiándose a sí mismo, a veces sin darse ni siquiera cuenta, opta por ser -por inercia, por despiste, por tontería-, dependiente o independiente. Estas dos actitudes -querer ser dependiente o independiente- sitúan al hombre en la sumisión, o por el contrario en la rebeldía. Los dependientes no piensan por sí mismos; o no piensan, o piensan tan sólo lo que para ellos piensan los demás. Los independientes, los siempre rebeldes, suelen pensar siempre mal.

La posición del hombre que es y quiere sentirse persona es estar siempre pendiente de todo, de algo, de alguien, con todos los brotes de los tallos de su ser y sentir, y con todas las antenas de su entender, para captar las cosas, los acontecimientos y, sobre todo, las personas.